



## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 16

*Del señor académico correspondiente don Santiago Dallegri, acerca de*

### **El lunfardo como factor lexicográfico**

Señor Presidente:

Coinciden todos –o casi todos– los autores que tratan el tema y que denominaremos “lunfardistas”, que los vocablos del lenguaje popular conocido por lunfardo –modismos y barbarismos–, lejos de conspirar contra la integridad o pureza del idioma nuestro, lo enriquecen con palabras de su exclusiva cuenta, casi siempre pintorescas, las cuales van siendo incorporadas al Diccionario de la Lengua, tras recibir el espaldarazo de los señores académicos. Yo, en lo que me es personal, no me atrevería a afirmar de manera definitiva que nuestro idioma castellano deba mucho al lunfardo o que, sin el aporte de éste, no alcanzara la jerarquía que tiene, pero sí afirmo, resueltamente, que el lunfardo, verdadera y genuina expresión del habla popular, lejos de conspirar contra la solvencia de nuestro opulento idioma, contribuye a su complemento, aportándole algo de lo mucho que realiza.

Yo recuerdo –y perdonad, os ruego, el “yoyismo”– que, a raíz de la aparición de mi libro *Cuentos Risueños*, recopilación de cuentos publicados en *P.B.T.*, la aplaudida revista semanal del donoso Pellicer, un distinguido miembro de la Real Academia Española, el Conde de las Navas –Juan G. López Valdemoros– envió 88 papeletas –escritas de su puño y letra– a este plebeyo escritor, pidiéndole expresar, al pie de las mismas, el significado de otros tantos vocablos tomados de dicho libro, a efecto de ser sometidos a consideración de sus compañeros de Academia, para ser incluidos en el Diccionario de la Lengua los que fueran considerados dignos de ello. El propósito de todo esto es, por descontado, el enriquecimiento idiomático, de manera que a mi juicio están en lo cierto los que sostienen que el lunfardo, lejos de atentar contra la pureza del idioma, trabaja a su favor. ¿Por qué –se preguntará más de uno– semejante cosa, que acaso estime una anomalía? ¿No está completo nuestro idioma? ¿Necesita de alguna ayuda, acaso?

En todo país del mundo existe, no diré dos lenguas –excepto en el Paraguay, país bilingüe–, mas sí dos clases de lenguaje: uno, el culto; otro, el popular. Pero en ninguno se utiliza esta colaboración idiomática que obliga, de tanto en tanto –entre otras cosas más o menos imprevisibles–, a modificar el diccionario. Pero sea como fuere, es ésta una modalidad o característica que debemos respetar y que debe enorgullecernos; que debe enorgullecernos, digo, por la permeabilidad ejemplar que trasunta para las innovaciones útiles. España no tiene, como es sabido, ningún dialecto –lo que habla claro de la uniformidad de su parla–, a la inversa de otros países, Italia por ejemplo, donde los dialectos superabundan tanto que, a menudo, basta con hacer unos pocos kilómetros para hallar otros, tan fundamentalmente distintos, que no se entienden los habitantes de un pueblo con los del más próximo.



Tenemos entendido, por lo demás, que el origen de estos vocablos lunfardos, aparte el ambiente del compadrito, se sitúa en el hampa y primordialmente en los ámbitos carcelarios; ambientes éstos de donde se desparrama por toda la ciudad hasta lograr carta de ciudadanía porteña.

Y antes de terminar permítaseme poner de relieve la casi siempre engorrosa labor, meritoria de verdad, que cumplen nuestros hablistas para fijar el significado, el móvil o la aplicación intergiversable de esas palabras para humanizarlas, depurarlas y hacerlas noblemente útiles.

Montevideo, 26 de abril de 1964

Santiago Dallegri  
Académico correspondiente